

PRÓLOGO

José Antonio Fernández de Rota y Monter

Universidad de A Coruña

En Noviembre de 1993, un grupo de antropólogos norteamericanos y españoles con amplia proyección investigadora en España, configurábamos en Washington un panel de discusión dentro de la Reunión Anual de la Asociación de Antropología Americana. El panel llevaba por título «The Anthropologies of Spain from the native and stranger's point of view». El estrecho margen de tiempo y el interés por el tema planteado, nos sugirió inmediatamente la necesidad de abrir un marco más reposado de discusión que nos permitiese profundizar en estos temas.

La reciente creación de la Facultad de Humanidades en la ciudad de Ferrol, me llevó a brindar la sugerencia de que fuese esta ciudad la sede de la futura reunión. Era una forma adecuada de presentar las inquietudes y la vocación universalista de una pequeña naciente facultad, que trataba de simbolizar una historia de inquietudes humanas, antiguas y pujantes dentro del mundo altamente industrializado de la comarca de Ferrolterra. La idea fue aceptada con gusto y empecé los preparativos de esta reunión.

El Simposio se celebró justo un año después en la ciudad de Ferrol, los días 16 y 17 de Noviembre de 1994, contando con la colaboración del Ayuntamiento de Ferrol, del Ministerio de Educación y Ciencia y de la

Diputación Provincial de La Coruña. Las ponencias presentadas de forma intensiva en estos dos días, fueron seguidas por un numeroso público predominantemente universitario. A continuación, los días 18 y 19, los ponentes y otros profesores universitarios invitados nos retiramos a la tranquilidad del Pazo de Mariñán, para discutir en forma de cordial mesa redonda, sobre los temas presentados, tratando de reformularlos de manera más crítica con vistas a la publicación de esta obra.

El Simposio ha servido para poner en discusión y alentar un nutrido conjunto de aspectos críticos. De esta manera los temas de discusión en Mariñán se agruparon en tres capítulos a debate. El primero sobre la formación académica. El segundo sobre lo que traemos unos y otros al trabajo de campo. El tercero sobre la utilidad y futuro de la Antropología española.

Sin duda, los momentos más cálidos de la discusión fueron los dedicados al recuerdo del trabajo de campo y la implicación y proyección personal de cada uno de nosotros en él. Pudo notarse claramente que esta experiencia es la más entrañablemente humana y la que nos ofrece como profesionales unas más profundas sugerencias sobre nuestro propio papel. La dialéctica entre la formación académica, los condicionantes profesionales y nuestro proyecto de futuro, constituyó inicialmente una actitud de tensión y preocupación. El último día, en una mañana sosegada, este tema se abrió hacia un conjunto de proyectos, de ilusiones y de esperanzas.

Tal vez sea este diálogo entre el trabajo de campo —donde el antropólogo parece vivir sus momentos más puros, su inmersión más completa en la noble tarea de la comprensión humana— por una parte, y por otra la dinámica de la realidad profesional, sus condicionantes y dificultades, la que encarna la peculiaridad de nuestro perfil profesional de antropólogos.

Sobre ello giró el sincero contraste de nuestro humano *background* con el que iniciamos nuestra tarea de investigación. El continuo «caer en la cuenta» unas veces de cómo somos tan distintos y otras de cómo somos tan

iguales, centraba nuestra discusión. En realidad, acostumbrados a ver la falacia de los estereotipos de las gentes que estudiamos, tendemos a minimizar la realidad de las barreras sociales. Sin embargo cuando las barreras operan en carne propia, pasamos a vivirlas con la misma tensión e intensidad humana que cualquier otra persona. Todos en el fondo, por otra parte, somos también a la vez extranjeros y nativos. Si hablamos de las diferentes caras de España, también podemos reflexionar sobre las diferentes caras de nuestra propia vida. Sobre los distintos momentos en los que la realidad social se nos ha aparecido ante nosotros como tan distinta debido sobre todo a nuestra propia circunstancia vital. Siendo más extranjeros que nativos o más nativos que extranjeros vivimos distintos momentos complementarios de una misma realidad.

De cara a nuestra práctica investigadora y a la proyección de futuro nos hemos preguntado con cierta ansiedad sobre la utilidad de nuestro trabajo. ¿Tenemos que ser útiles? ¿Tenemos que demostrar que somos útiles?. Ambas preguntas sin duda nos preocupan en una mayor o menor medida. Pero por encima de ellas, la gran pregunta, la más difícil pregunta es nuestra indagación acerca de qué es la utilidad. ¿Es la utilidad tal vez el arte de ayudar a la gente a buscar la felicidad?. Nuestra autocrítica de antropólogos ha entrado y salido una y otra vez en las inquietudes teóricas, casi obsesivas del momento. ¿Buscaban los antropólogos españoles, lo más exótico en nuestro propio país?. ¿Tratamos tal vez de hacer exótico todo aquello que contemplamos?.

Valga como contraste algún aspecto de mi reflexión sobre el mundo norteamericano, haciendo que la flecha del viaje gire en dirección contraria a la que ha presidido nuestro Simposio. En alguna de mis estancias en Estados Unidos, quedé sencillamente fascinado, cuando tuve la oportunidad de visitar alguna de las comunidades Amish. Se trata de un colectivo perteneciente a la tradición reformada Anabatista, que cuenta con más de 150.000 miembros en los Estados Unidos. No utilizan la electricidad ni automóviles y entre las máquinas tan sólo aquellas que puedan ser movidas por tracción animal o humana. Es un grupo que se popularizó en España, a partir del éxito de la película “El único testigo”. Me enteré de su

existencia no lejos de la ciudad en que vivía, gracias a la información de una residente española que me sugirió lo interesante que me resultaría la visita. Comenté el tema con uno de mis colegas norteamericanos, que había hecho trabajo de campo en España. Me preguntó extrañado por qué a los españoles les interesaban tanto los Amish. Me contó el caso del joven alcalde del pueblo en el que había vivido. Cuando se casó, le dijo que pensaba hacer su viaje de novios a Filadelfia. Mi compañero se alegró de que tuviese tanto interés en conocer los Estados Unidos. El alcalde le comentó: vamos allí, porque queremos conocer a los Amish. Mi compañero recordó la historia repetida en la tradición antropológica de aquel indio kwakiutl al que Boas invitó a visitar Nueva York. Al parecer el viejo kwakiutl sólo se interesó por aquellas cosas que en Nueva York le resultaron parecidas a la cultura kwakiutl. Mi compañero se preguntaba entonces si a los españoles les interesaban los Amish, porque tenían una forma de vida más parecida a la que los españoles habían tenido hasta hace poco. No me pareció muy convincente su explicación. Yo a su vez le pregunté si es que a ellos no les resultaban tan interesantes los Amish. Por toda respuesta me contestó «nosotros sentimos por los Amish un gran respeto».

La conversación se presta sin duda a multitud de sugerentes reflexiones. La primera por ejemplo sobre la distinta cercanía o lejanía con la que podemos vincular con nosotros los diferentes grupos. Es decir mi compañero norteamericano parecía entender que los Amish al ser norteamericanos formaban parte de su propio grupo. Tal vez por eso podía sentir más pudor al ir a visitar como exóticos a los Amish, que al ir a visitar como exóticos a los habitantes de las montañas asturianas. También se podía él preguntar si el alcalde del pueblo asturiano sentía a los Amish como unos americanos más suyos que los demás. Yo era probablemente un tipo de español distinto del alcalde del pueblo y que podía sentirme formando parte del grupo antropológico junto con mi colega americano. Niveles de exotismo y niveles de pertenencia a un grupo común, se mezclan sin duda en complejas combinaciones en el análisis de este reducido número de individuos y grupos que aquí presento.

Fui con mi familia a visitar a los Amish y todos disfrutamos de un día lleno de excepcional encanto y ternura. ¿Qué pudo ser lo que causó nuestra fascinación?. Tal vez contemplamos lo que parece ser antiguo como una parte íntima de nosotros mismos. Tal vez el encontrarnos en situaciones límite especialmente distintas de lo que esperamos, nos permite conocer lo insospechado de nosotros mismos. En gran medida la tarea antropológica en cualquier caso, parece tratar de hacer profundamente sorprendente lo que sólo parecía raro. La capacidad humana de curiosidad y de sorpresa es sin duda uno de los más vivos alicientes que nos llevan a penetrar en nuestra propia realidad.

Este juego de paradojas ejemplificado en nuestro encuentro con los Amish y en nuestro encuentro con el respeto, la atracción y la sorpresa de unos y otros cuando conocimos a los Amish, tienen directamente mucho que ver con la entraña misma de nuestra tarea de antropólogos. Es sin duda este juego de preguntas aquí esbozado, el que constituye el armazón de este libro que juega con diferentes ejemplos de ámbito español. La dirección del viaje geográfico puede ser hacia occidente o hacia oriente, pero los radicales enigmas de nuestro contraste con el otro, nuestra vuelta de la mirada hacia nosotros mismos y la búsqueda del interior de la cultura, constituyen siempre un eterno enigma humano, de cuyo esclarecimiento hizo profesión el antropólogo.